

-*What's your last price, madam?* Decía el vietnamita y me cogía del brazo con insistencia para que mi atención y mis ojos no se fuesen a otra dirección que no fuese otro que su quiosco. Pero, ya mi atención estaba puesta en ese derrumbe de huesos con el que acababa de tropezar y que cuando levantó su rostro me quedé helada y sin dudarlo le dije: -John, soy Rosa, Rosita, ¿no te acuerdas de mí?

Veinte años habían pasado, pero le reconocía. No me lo estaba inventando; el tatuaje de cinco números en forma de herradura en su antebrazo con que yo antes jugaba haciendo sumas y restas para ver cuántos besos más me daba, lo reconfirmaba. Solo su mirada turbia del que se ha extraviado hace mucho en alguna selva insondable, no correspondía al John que tanto tiempo añoré.

- Tengo que regresar allí, -me dijo la tarde de un sábado cualquiera de 1982.

Fue poco tiempo después de la última reunión anual con sus compañeros de la División 25. La reunión había durado tres días con sus tres noches y, yo, con el alma en vilo, esperándolo, sin saber por dónde buscarlo, pensando en tantas cosas, -menos en cómo poder adivinar-, lo que esa tarde me decía.

No tenía más palabras que -lo siento Rosita, pensé que podría-, con el aliento a alcohol y su ropa oliendo a marihuana. Me daba cuenta que había retornado al interior de una selva azul, donde dejó de ser héroe de guerra para convertirse en un hombre de pesadillas diurnas. Por su cuerpo recorrían muchos ríos de sangre sin nombre, de la guerra del Vietnam. De pie y con postura derrotada, la luz y la sombra proyectada en las baldosas del suelo parecían mosaicos y jeroglíficos que iban trepando por sus pantalones envolviendo sus piernas, igual como las lianas de una antigua selva habían enredado sus recuerdos. Dejó la casa, no fue necesario que me dijese adonde iría, yo sabía que era

En la misma selva del mercantilismo, donde la infinidad de litros de sangre y kilómetros de cuerpos fueron entregados por ideologías contrarias que al final siempre fueron la misma, el dinero; ahí donde discurre una propaganda vigentemente sesentera y se vende la estrella amarilla sobre camisetas rojas y otras que dicen *Good Morning Vietnam*; donde el dólar americano y el duong empiezan con *d*, igual que su padre el *dinero*, ahí entre la mercadería de réplicas de ropa y relojes de marca, manteles, sedas, maletines Louis Vuitton a 20 dólares, comida, Coca Cola y especias, intentaba traerlo de regreso con dos nombres, el de él y el mío. Entre esos pasadizos que no miden más de cuarenta centímetros de ancho, entre tabiques y quioscos donde familias enteras viven debajo, como si fuesen los túneles de Cu Chi, a la espera de una orden del vendedor de turno y salen deprisa moviéndose como ratas a una velocidad imperceptible para traer la mercadería que el turista pide porque en su quiosco no hay, ahí entre todo ese olor y todas esas cajas apiladas como torres no gemelas, así como un trapo viejo y sucio, arrimado, estaba John en cuclillas, reducido a la cuarta parte de su talla, que por el tamaño de sus huesos y el color de su piel desentonaba con el entorno. En sus manos, un azafate inclinado que portaba una sopa humeante y espesa con una carne blanca desmenuzada y otro plato de verduras con fideos.

Quise acariciarle y mirarle de cerca y buscar esos ojazos que yo recordaba y tantas noches de ausencia hacía que me mirasen, pero fue más el asco y el rechazo que me causó su cabello grasiento y su cuello sudoroso, y unos surcos en su cara en donde el hollín y una vida sufrida no a mi lado habían penetrado, que me paralicé en la intención del gesto. Un gato pasó raudo a mi costado y se escondió de su persecutor detrás de una cortinilla por donde aparecían piecitos con sandalias de plástico y unas pequeñas piernas, delgadas como palillos de comer.

Ho Chi Min (ex – Saigón) era ya nuestra última ciudad por visitar. Carol había querido hacer compras desde el primer día en Hanoi y, con poco buen humor, había aceptado hacerlas al finalizar del itinerario en el mercadillo tan voceado. Felizmente, la belleza de Halong Bay, las playas vírgenes de Danam, y Hue con su Ciudad Prohibida, habían transformado su impulso de comprar por energía para hacer excursiones a templos y santuarios en las cimas de las montañas. En las exuberantes selvas de Ho Chi Min, aquella de las lluvias torrenciales, humedad, calor y mosquitos y la de la selva de concreto, con grandes edificaciones de bancos, hoteles y tiendas transnacionales, se respiraba la tensión de una ciudad de contrastes, donde se inserta por sus fisuras la confusión de la muchedumbre, el olor de especias y el hedor humano. Porque en el medio, su gente sedienta de agua potable y dignidad, se arremolinaba en el mercadillo y vendían su historia. Quizás por eso, y como representación de la ambigüedad y los dobleces de la condición humana, al final del viaje, Saigon y John. Por eso, también, mi doblez al ocultar a Carol la identidad de su padre y la fabricación de otro más conveniente, y la ambigüedad de verme descubierta, ante mí misma, con la anciana vergüenza de una primera razón al escoger el destino de nuestro viaje.

Carol, con su gorra militar puesta, venía hacia mí, y yo, intentaba que no se fijase en mi casual hallazgo, su padre, que nunca supo de nuestra hija. Se iba acercando medio divertida, medio enfadada, con esos ojos azules que ya no podían parecerse a los de este padre que sorbía ruidosamente su sopa, que era un bulto de poca carne y muchos huesos, un guiñapo de hombre, cerca de mí. Tenía que proteger su dignidad; también la de él. John se había perdido azul, en la sensualidad de una selva de olores, sangre y belleza de Vietnam. Se había perdido en el Paralelo 17, en la fascinación de los arrozales, las pequeñas montañas, los islotes vírgenes de Halong Bay, lo primitivo y salvaje

John del recuerdo del horror de las trampas que con púas se comían las piernas o pechos de sus compañeros y la de la experiencia de ser torturado por un niño condecorado, luego, como *soldado valeroso aniquilador de yanquis*.

A mí, me habían bastado dos semanas, viajando de norte a sur por Vietnam, para experimentar la misma fascinación y, comprendí que otra guerra era la que yo libraba desde aquella tarde de un sábado cualquiera de 1982 para, ahora, entender y perdonar a John por su huída de casa y de sí mismo. Dejaba atrás la inquieta incertidumbre de tantos años. Le perdonaba su ausencia, su perdida mirada azul, el echar de menos su cuerpo fuerte en la violencia del sexo. John, la tarde cuando la luz y la sombra se enroscaban por sus piernas, supo cogerse de un último hilo de lucidez para emprender su retorno a Saigón, abandonándose en actitud solitaria a la belleza de la muerte. Me había salvado de su humana locura; no se quedó conmigo. No me arrastró a ella.

Instantes antes de que mi hija estuviese a mi lado, desde el puesto de ventas del mercadillo de Ho Chi Min, el vietnamita de un brinco se interpuso entre Carol y yo y, con la mercadería en la mano, con insistencia me cogía del brazo para decirme -*What's your last price, madam?* A lo que le contesté, ¿y el suyo, ya fue?

Cecilia Noriega-Bozovich